

podemos tributárselos... Pero el que los domina todos, el que la eleva incomparablemente muy por encima de todas las criaturas, el que le da derecho á homenajes superiores, es sin duda el título de Madre de Dios... Por consiguiente, cuando hayamos dicho que la Virgen María es la Madre de Nuestro Señor Jesucristo, habremos hecho de la misma el mas cumplido elogio... Porque despues de Dios, nada hay de mas elevado, de mas noble, ni mas digno de veneracion, de los homenajes de toda la tierra y de las bendiciones del cielo, que esta criatura única y privilegiada, que el Hijo de Dios se dignó escoger por madre...

PERORACION. — Sí, el haber sido Madre del hijo de Dios, hé aqui lo que da á la Virgen santísima una grandeza incomparable, una dignidad que sobrepuja la de los santos, de los Angeles y Arcángeles... Asi es que allá arriba en el Paraíso ella es soberamente ensalzada, exaltada, bendecida y glorificada... Paréceme ver á todos los santos y bienaventurados uniendo sus alabanzas de María á aquel *Hosanna* eternal, que cantan á la gloria de la Trinidad augustísima... Virgenes candorosas, venid á balancear vuestros lirios ante ella, pues fué la guarda de vuestro pudor y modestia, saludadla como á vuestra Reina, *Regina Virginum*. Venid, glorioso S. Bernardo, dulce Francisco de Sales, y vosotros todos santos confesores, y decidla « *salve, Regina confessorum.* » Y vosotros esforzados mártires, á quienes ella sostuvo en medio de los mas terribes combates, apóstolos incansables, cuyo celo y trabajos esforzó y bendijo, arrodillaos en su presencia, pues es tambien vuestra soberana... *Regina Martyrum, Regina Apostolorum*. Y ¡ cuánto suspiraron por ella los inspirados Profetas, los venerables Patriarcas! Sus almas habían por largos siglos anhelado la aparicion de esta Virgen sin par, ellos se prosternan tambien ante su trono, y ya no la admiran como á su hija, sino que la veneran como á Reina. Y es oy viendo como los Angeles, los Arcángeles y toda la corte celestial compiten en presentar á la Virgen María en su trono de gloria los homenajes, con que la honramos nosotros, y repetirle junto con los elegidos, que vivieran acá en la tierra, este cántico de triunfo y veneracion: « *Salve, Reina nuestra... Salve Regina...* »

Paréceme, hermanos carísimos, que ya podeis comprender, como esta Virgen, que será para siempre honrada en el cielo por todos los bienaventurados, recibiendo un culto que durará eternamente, merece en realidad, que la tributemos honores muy superiores á los Angeles y santos. Sí, Virgen dulcísima, estamos persuadidos de vuestra soberana excelencia; y así estamos resueltos á dirigiros desde la tierra nuestras oraciones y súplicas, á ofreceros nuestros pobres homenajes y asociarnos á los honores que os son tributados en las inefables alturas del cielo. Os rogamos, pues, con todo encarecimiento, que seais nuestro consuelo en este destierro, nuestro socorro en medio de los peligros y nuestro refugio en las tentaciones; alcanzadnos la gracia de que vivamos tan santamente, que seamos dignos de bendeciros como á nuestra amadísima Reina por toda la eternidad... Así sea.

VIGÉSIMA TERCERA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

INSTRUCCION VIGÉSIMA PRIMERA.

VIRTUD DE LA RELIGION (CONTINUACION). CULTO DE LOS SANTOS. DEBEMOS; 1º HONRAR A LOS SANTOS; 2º VENERAR SUS RELIQUIAS É IMAGENES.

TEXTO. — *Dominum Deum tuum adorabis; et illi soli servies.*
Adorarás al Señor tu Dios y á El solo servirás.

(Luc. iv, 8).

EXORDIO. — Hermanos míos, dijimos en nuestra última instruccion, que la virtud de la Religion nos obligaba á honrar á la Virgen santísima, añadiendo que los homenajes que ofrecemos á tan augusta Madre son de clase superior á los que ofrecemos á los ángeles y santos... Y esto por dos motivos bien claros; á saber, por

ser ella la mas perfecta y excelente de todas las criaturas, y por haber merecido la gloria incomparable de haber sido escogida para Madre de Nuestro Señor Jesucristo. Los santos del cielo, los arcángeles mismos reconocen esta superioridad de la Virgen María... Pero ¿estamos tambien nosotros obligados á tributar un culto de honor á los espíritus bienaventurados, á aquellos de nuestros hermanos, que despues de haber cumplido su peregrinacion sobre la tierra, fueron admitidos en los eternos tabernáculos y coronados por las manos del mismo Dios? ¿Obra racionalmente la santa Iglesia católica, cuando, al colocarlos sobre nuestros altares, nos invita á honrarlos como los amigos de Dios, á imitarlos como modelos, y á encomendarnos á ellos como á protectores poderosos y celosos?...

Sí, hermanos míos, y digan loque quieran los herejes, la misma piedad, la misma virtud de la Religion, que nos manda rendir á Dios los homenajes que le son debidos, quedaría incompleta y mutilada, si nosotros no honrásemos á aquellos, á quienes honra y llama amigos suyos el mismo Dios... Una vez Alejandro el Grande, acompañado de Hefestion, uno de sus favoritos, iba á hacer visita á la madre de Dario y á otras princesas, que habían caido prisioneras suyas. Estas se arrojan á los piés de Hefestion, tomándole equivocadamente por el rey; pero apercibiéndose de su error, ofrecieron sus excusas á Alejandro quien, sonriéndose, las dice. « Pero, si no os habeis equivocado, porque es él mi amigo, y un otro yo mismo... » Así, cuando nosotros honramos á los santos, pareceme oír al mismo Dios diciéndonos: « Los homenajes que ofreceis á los santos, me son muy gratos, porque son ellos mis amigos, y yo soy, á quien honrais, cuando honrais sus personas. »

PROPOSICION. — Me propongo, pues, esta mañana, demostraros, que el culto de los santos, la veneracion de sus reliquias y el respeto á sus imágenes no son mas que una expansion de la virtud de la Religion, y que deben tenerse en grande estima y aprecio por todos aquellos que tienen una Fé ilustrada y están animados de una verdadera piedad...

DIVISION. — *Primero*, pues, Debemos honrar á los santos: se-

gundo: debemos venerar sus reliquias é imágenes: dos pensamientos sobre los cuales vamos á fijarnos...

Primera parte. — Comencemos, hermanos míos por decir, en qué consiste el culto, que debemos rendir á los santos... Tres palabras van á resumir todo mi pensamiento... Para tributar á estos amigos de Dios un culto legítimo, es menester honrarlos, invocarlos é imitarlos... Hagamos mas clara la explicacion de estos deberes, aplicándolos á un santo cualquiera. Escogería para eso el patron de esta parroquia, mas como la misma está colocada bajo el patrocinio de la Virgen santísima, hablamos ya el Domingo último de esta excelsa Reina de los cielos. Escojamos, pues, á su dignísimo esposo, el humilde S. José. ¿Qué quiere, pues, decir honrar á este padre nutricio de Jesús? Es felicitarle de la gloria que tuvo sobre lo tierra, de ser el esposo de la Virgen Inmaculada, la cabeza de la sagrada Familia, el guardian y tutor del Hijo de Dios hecho hombre; es elevar el alma y el corazon hasta el trono altísimo que ocupa en el seno de la gloria; proclamar sus virtudes, su santidad, su grandeza y darle el parabien del gran premio de que goza. Ved ahí la que es honor... Pero ¿qué pide la invocacion? Invocar á S. José es reconocer, que él es poderoso en el cielo, que puede ser nuestro abogado cerca de Dios, que sus ruegos serán mejor escuchados que los nuestros; y que, siendo entre todos los santos el amigo mas íntimo del Rey del cielo, puede alcanzarnos las gracias y socorros que necesitamos para la vida y salvacion de nuestras almas. Eso significa invocar un santo. La otra parte del culto, que debemos á los espíritus bienaventurados, es la imitacion. Continuemos todavia hablando de S. José; sus virtudes deben sernos bien conocidas, y no debemos ignorar, que él fué humilde, casto, modelo de caridad y mansedumbre; y perteneciendo, como simple obrero, á la condicion mas modesta de la sociedad, se mostró siempre fiel en ofrecer á Dios su trabajo. En Belón, cuando tuvo que huir á Egipto, lo mismo que cuando el ángel le avisó de volver á su pobre taller de Nazareth, obedeció con simplicidad, ni salió de su boca la menor queja, ni una observacion, ni una palabra de murmuracion, sino que mantuvo una resignacion perfecta con

la voluntad del Señor tanto en la prosperidad como en medio de las adversidades.

Ved ahí las virtudes, que hemos de esforzarnos en imitar, si queremos honrar dignamente á este gran santo. Pues bien, lo que acabamos de decir respecto de S. José debe bastar para hacernos comprender el género de homenajes que debemos á cada uno de los santos; felicitarlos de su gloria y de las recompensas, que les han merecido sus virtudes; reclamar su ayuda y asistencia cerca del Señor; esforzarnos en reproducir en nosotros las cualidades, por las que ellos se santificaron en la tierra; tal es el culto, que debemos á los santos.

Tales son también, hermanos míos, los homenajes, con que lo ha honrado siempre la santa Iglesia católica... Desde los primeros siglos del cristianismo los fieles tenían gran cuidado en inscribir con toda fidelidad el día, en que habían padecido los mártires, á fin de celebrar el aniversario de su martirio... « No os descuideis, escribía S. Cipriano á los diáconos de Cartago, de transcribir con toda exactitud el mes y el día de la gloriosa pasión de los mártires del Señor: cuando la paz sea devuelta á la Iglesia, entonces los honraremos con un culto público, les felicitaremos por su valor y celebraremos sus triunfos. » Escuchad á este propósito á S. Agustín, quien, dirigiendo la palabra á los fieles de su ciudad episcopal, les decía. » Cada vez que celebramos, hermanos carísimos las fiestas de los mártires, esperamos, que su poderosa intercesión nos alcanzará de Dios los socorros necesarios, para imitar sus virtudes y lograr también nosotros aquella gloria inmortal que forma su herencia ¹. »

No creo necesario acumular más testigos sobre este punto para que se vea, como la virtud de la Religión nos obliga á honrar á los santos. Hé aquí una historia, una comparación sobre el particular... Un príncipe, un rey tenía ministros, que le eran amigos muy queridos, á quienes había colmado de honores y les había dicho: « El que tocáre á vosotros, me tocará á mí en la pupila de mis

1. Serm. xxx, *De Martyribus*.

ojos ¹. » No faltaron sin embargo hombres insensatos, que se atrevieron á despreciar á esos amigos, á esos ministros del príncipe, trataron de arrastrar por el fango sus dignidades, pasaron por su lado sin saludarles y les negaron aun la menor señal de respeto... ¿ Qué os parece de semejante conducta? ¿ Podía el rey estar satisfecho de esos infames?... Tal es, hermanos carísimos, la historia de los herejes, que han negado á los santos los homenajes que les son debidos. ¡ Malditos! no digais que tenéis piedad y religión vosotros, que no quereis honrar á la Virgen, ni á los santos. No pretendais amar al Rey del cielo vosotros, que mostrais una desdenosa indiferencia para con sus amigos más caros y decididos... ¡ No! no somos idólatras, cuando honramos á los santos; es Dios mismo, á quien honramos en la persona de aquellos, á quienes Él se ha dignado coronar allá arriba; á Él, pues, á su Majestad suprema se refiere el culto, que á los santos tributamos... Y vosotros, que nos calumniáis, vosotros, para quienes la Virgen santísima y los santos que reinan en la gloria, no son más que criaturas vulgares, vosotros, repito, sois unos verdaderos incrédulos é impíos; no sé lo que vale vuestro bautismo, más la verdad es, que no merecéis ser llamados cristianos.

Segunda parte. — Pero, no solamente debemos honrar á los santos, sino que además la virtud de la Religión nos excita á rodear de nuestro respeto, sus reliquias, sus huesos, sus imágenes y todo cuanto nos despierta su recuerdo. Este culto es también legítimo, pues se remonta á la más alta antigüedad y el mismo Dios lo ha autorizado con repetidos milagros... Escuchad un relato que data casi del primer siglo del cristianismo... S. Policarpo, discípulo de S. Juan y Obispo de Esmirna, había sido preso y condenado por los perseguidores al suplicio del fuego. Mas ¡ oh prodigio! las llamas respetaron el cuerpo del santo obispo, y los verdugos se vieron obligados á degollarle sobre la hoguera... Otro milagro todavía. La sangre brotó en tanta abundancia, que apagó el brasero en que había sido sumergido el cuerpo del santo... No volváis ese cuerpo

1. Zach. II, 9.

á los cristianos, decían los judíos á los perseguidores, porque lo adorarían en lugar del crucificado. » ¡ Insensatos, exclaman á este propósito los que nos han referido el martirio de S. Policarpo, ellos deben ignorar que nosotros adoramos á Jesucristo, porque es Dios y que honramos á los mártires como á sus imitadores, sus fieles discípulos y sus amigos adictos hasta la muerte... » Hicieron, pues, arder el cuerpo inanimado de este valeroso anciano ; más los fieles fueron solícitos en recoger con gran respeto y colocar en un sitio decente, para venerarlos, los restos calcinados del santo mártir, tesoro, decían ellos, mas precioso que el oro y las perlas de mas subido precio ¹.

Ya veis, pues, que el culto de las reliquias de los santos data de lejos en la Iglesia... Podría todavía presentaros desde los primeros siglos á diáconos y mujeres piadosas, comprando á peso de oro á los verdugos los restos venerandos de los mártires, y exponerse ellos á su vez á sufrir el martirio por colocar esas santas reliquias en un lugar, digno de ellas... ¡ Huesos sagrados de los santos, sí, segun la promesa de Dios, vosotros refloreçais despues de vuestra muerte ² ; erais envueltos en la púrpura y seda ; la plata, el oro y las materias mas preciosas se empleaban en magníficos relicarios, ricos sepulcros, que la piedad os hacía fabricar, siendo gloria de los mas hábiles artistas el haberlos cincelado... ¡ Hay mas aun, hermanos míos ; muchas veces este relicario era una espaciosa basílica construida sobre la tumba del mártir... El altar era erigido sobre sus venerados restos ; y allí era ofrecido el santo sacrificio de la Misa. De ahí deriva la antigua y piadosa costumbre de no celebrar jamás sino sobre un altar, en que están encerradas las reliquias de santos... Aquí mismo, en esta iglesia, ni á mí, ni á ningun otro fuera lícito celebrar la santa Misa, si el altar, sobre el que voy á ofrecerla, no encerrara algunas partículas de reliquias de santos, selladas con el sello de la autoridad episcopal...

1. Véase en la historia de la Iglesia la hermosa carta de los fieles de Esmirna.

2. Isaías, LXVI, 4.

He añadido, que Dios mismo aprobaba este culto que tributamos á las reliquias de los santos, pues lo ha confirmado con numerosos milagros... ¿ Veis á esa doncella jóven todavía, tan modesta y devota, que va subiendo la cuesta que toca á la ciudad de Monte Pulciano ? un dia la Iglesia la colocará sobre sus altares y será ella santa Catalina de Sena. Mas ¿ á dónde va ? ¿ Porqué esa amante de la soledad ha hecho por dos veces este viaje ?... Dios le ha revelado, que en la ciudad, hacia la que dirige sus pasos, reposa el cuerpo de una santa, de la que será ella compañera algun dia en el cielo. La devota jóven viene á venerar las reliquias benditas y á cubrir con sus fervorosos besos los restos sagrados de la santa, y Dios con un doble milagro muestra, que le son agradables los homenajes que Catalina ofrece á las reliquias de Sta. Inés de Monte Pulciano ¹... Y ¡ cuántos hechos mas podria contaros todavía !... Demonios lanzados de cuerpos de posesos, gracias de grandes conversiones milagrosas, muertos resucitados ; sí, Dios ha confirmado con toda suerte de prodigios la piedad de los fieles, que han honrado devotamente las reliquias de los santos...

Los mas ilustres doctores han enseñado, y mas aun, han practicado esta devocion. S. Ambrosio es informado por divina revelacion del lugar, en que reposan los restos de los santos mártires Gervasio y Protasio. La ciudad de Milan está de fiesta ; el santo arzobispo en medio de una solemne procesion traslada aquellas sagradas reliquias á una Iglesia, que ha hecho construir. A su paso florecen los milagros, un ciego recobra la vista y otros enfermos son curados ². ¿ Quereis, que os cite otro hecho mas ? Lo saco de la vida de S. Agustin. Él logró una porcion de huesos de S. Estéban, primer mártir de la Iglesia, y púsoles en un precioso relicario en medio de su Iglesia catedral. Hé aqui que á la vista de todo el pueblo reunido aquellos sagrados restos obran prodigios sin número. Hace quince dias, que un hombre llamado Pablo, des-

1. Véase la vida de S^a Inés de Monte-Pulciano en Ribadeneyra dia 22 de Abril.

2. Véase la vida de S. Ambrosio.

pues de haber orado delante de las reliquias del santo mártir, fué librado repentinamente de una enfermedad terrible. Mas su hermana Paladia, aquejada del mismo mal, está ofreciendo ante el pueblo reunido un espectáculo digno de lástima. Llena de confianza, ella se arrodilla también cerca del relicario, en que están encerrados los huesos de S. Estéban; ora con gran fervor; los fieles se unen á sus ruegos; S. Agustín sube á la cátedra y no está acabado todavía su sermón, cuando de todos los lados de la basílica se levanta una aclamación inmensa. La enferma acababa de ser curada á la vista de una gran muchedumbre de espectadores. El mismo S. Agustín nos refiere estos hechos sucedidos en su propia iglesia y ante sus propios ojos¹. Decidme, pues, cristianos, si Dios ha recompensado y recompensa con repetidos milagros los honores tributados á las reliquias de los santos, ¿no es bien claro y evidente, que Él mismo autoriza la veneración que profesamos á dichos sagrados restos?

PERORACION. — Voy á terminar, hermanos míos, diciéndoos algunas palabras sobre el honor que debemos tributar á las imágenes de los santos. Os considero bastante instruidos para juzgar y saber, que no es ni la madera, ni la piedra, ni ninguna otra materia lo que honramos en las estatuas é imágenes de los santos. Nuestra intención es simplemente referir nuestros obsequios á los bienaventurados, cuya memoria ellas nos recuerdan. Así es, que las imágenes ayudan nuestra piedad, sostienen nuestra atención en los ruegos y avivan en cierto modo nuestra fé y confianza. O Dulce Virgen María, nos gusta arrodillarnos al pié de vuestras estatuas; besamos piadosamente vuestras imágenes y medallas; mas sois vos, o Reina nuestra, el objeto, que intentamos honrar, cuando ofrecemos esas muestras de respeto á las imágenes, que os representan... Una vez un emperador impío osó alzarse con furor contra el culto, tributado constantemente por la Iglesia á las imágenes de los santos. Él hizo comparecer á su presencia á un venerable reli-

1. Véase la vida de S. Agustín lib. VIII, c. v. y la *ciudad de Dios*, libro XXII, cap. VIII, nº 22.

gioso, acusándole de idolatría y tratando de persuadirle, que solo debía tener desprecio y mirar con desden á las imágenes de los santos. Estéban, que era el nombre de este religioso, saca y presenta una moneda, en que estaba grabada la figura del emperador. ¿Es lícito, preguntó, él, hollar esta imagen? No, respondió la gente, que asistía á este interrogatorio; esa es la efigie del emperador y teneis el deber de respetarla. Si es así, replicó el religioso, ¿no debemos con mayor razón honrar y respetar las imágenes que nos representan la memoria de Jesucristo, de su augusta Madre y de los santos, que reinan en su compañía allá en el cielo? Y en verdad que no faltaba razón á ese santo religioso, que fué mártir de su fé¹. Así pues, hermanos míos, invoquemos á los santos, veneremos sus reliquias, honremos sus imágenes y todo cuanto nos recuerda su memoria; de esta manera mereceremos, que ellos sean nuestros protectores y que nos introduzcan en el seno de aquel magnífico Paraíso que constituye su eterna herencia... Así sea.

VIGÉSIMA CUARTA INSTRUCCION.

PRIMER MANDAMIENTO.

INSTRUCCION VIGÉSIMA SEGUNDA.

VIRTUD DE LA RELIGION (CONTINUACION). COMO SE PECA CONTRA LA VIRTUD DE LA RELIGION POR DEFECTO; COMO SE PECA CONTRA LA MISMA VIRTUD POR EXCESO.

TEXTO. — *Dominum Deum tuum adorabis, et illi soli servies.* Adorarás al Señor tu Dios y á Él solo servirás.

(LUC. IV, 8).

EXORDIO. — Hermanos míos, voy á comenzar, resumiendo en

1. Véase la vida de este santo y el hecho, á que hago alusión, en la historia de la Iglesia de *Darras y Rorbacher*.